

LA CUESTIÓN UNIVERSITARIA

La crisis universitaria no está resuelta. Persiste en los mismos términos que hace veinte años, cuando empezó a agitar a nuestro pequeño mundo de estudiantes y profesores. Y esto a pesar del largo tiempo transcurrido, de la continua agitación en que se ha vivido, de las violentas convulsiones que ha ocasionado y de las reformas del organismo universitario que han sido su consecuencia.

Nada ha cambiado en el fondo del asunto. Y la esterilidad de los movimientos universitarios se explica, por su mala dirección. Subordinados al interés de las fuerzas ocultas que los han dirigido, en la casi totalidad de los casos sólo han servido la ambición de unos pocos intrigantes, que se han valido de ellos para desalojar a algunos de sus posiciones, colocarse en su lugar y substituirlos en su influencia.

El mal no ha sido atacado en sus causas y, quedando siempre en pie, ha sido utilizado para mantener la agitación contra los detentores del gobierno de la universidad, unas veces por los que ellos desalojaron, y otras por nuevas ambiciones que han aprovechado la oportunidad de elevarse con el desprestigio de los otros.

La agitación universitaria no ha alcanzado sus propósitos de mejoramiento. El mal persiste; y cada vez que la agitación ha tomado formas convulsivas, — dirigida aparentemente contra la insuficiencia de una parte del personal docente, — se ha podido comprobar que los sindicatos como malos han resistido el embate de las fuerzas que quisieron desalojarlos, quedando incommovibles en sus puestos, y que, en cambio, en todos esos casos la universidad ha tenido que lamentar invariablemente la separación de algunos de los profesores más preparados e inteligentes.

Alejado, siendo estudiante, de las agitaciones estudiantiles, y no habiéndome afectado ellas como profesor, no por eso

ha dejado de preocuparme el problema universitario argentino. Y, apenado por la falta de inteligencia observada en las soluciones que se ha pretendido darle, he sentido, en diversas oportunidades desde 1904, la necesidad de ceder al impulso de expresar mi opinión. Así es como, con motivo de la última reforma, la más transcendental que haya sufrido nuestra universidad, creí deber recordar ante mis alumnos mis opiniones al respecto, ya que tanta influencia habría de corresponderles en el gobierno de la universidad. Y el fondo de las ideas, emitidas en una conferencia de mi curso de 1919 en la Facultad de Filosofía, es el que reproduzco en este artículo.

La carencia de profesores determina el problema universitario argentino. Y al decir profesor universitario, tomo el término en su sentido moderno; refiriéndolo a las funciones propias que las necesidades presentes le asignan.

Creo, con Hartmann, que desde el descubrimiento de la Imprenta, el profesor universitario que concibe su misión como la de enseñar una materia por medio de conferencias, ha perdido su razón de ser. Se aprende mejor leyendo que escuchando. Hasta podríamos llegar a decir que sólo se aprende leyendo. Las condiciones que requiere una buena conferencia son la negación de las que requiere un buen aprendizaje. Una conferencia para interesar debe cuidar más la forma que el fondo. El que habla de una manera demasiado precisa, se hace insoportable. La conferencia, para ser eficaz, sólo debe aspirar a dar la sensación del asunto: no debe ser la exposición de la materia. En cambio, el libro no sólo puede ser preciso: es necesario que lo sea. El libro se lee con detenimiento. Se puede interrumpir la lectura para repetir lo que no se ha comprendido bien. El libro es insustituible para el aprendizaje. La conferencia puede tener razón de ser cuando no existe el libro; pero, como medio de enseñanza, no la tiene desde el descubrimiento de la Imprenta.

La conferencia puede ser eficaz para dar la sensación del asunto, y en este sentido tiene una función útil. Siendo una vista sintética, puede sugerir una idea general de conjunto, conveniente antes de entrar al estudio más preciso de la materia. Así puede ser una iniciación y puede servir para la dirección de las lecturas.

Otra razón que puede justificar la exposición en forma oral es, como lo hemos indicado, la ausencia de un libro que la haga. En este caso la conferencia tiene que ser el substitutivo del libro; pero, con todo, un substitutivo *provisorio*, porque si el profesor tiene conciencia de su misión, de sus conferencias deberá salir el *manual* de la materia. Desde este punto de vista, podríamos decir que la función docente del profesor debe ser hacer el manual expositivo de su asignatura.

Mas si el libro existe, la exposición oral está demás. Por buena que la conferencia sea a los efectos del aprendizaje, siempre será inferior a un libro mediocre.

La función didáctica de un profesor universitario sólo puede consistir en la dirección de los estudios de sus alumnos, y en su iniciación en las prácticas de la investigación.

Pero la función didáctica no debe ser la que caracterice la actividad de un profesor universitario; por muy importante que se la considere, debe subordinarse a la actividad científica. Y hasta podríamos decir más, a saber: que para ser buen docente es indispensable que el profesor sea hombre de ciencia. No es posible que enseñe a investigar quien nunca ha hecho un trabajo científico.

La universidad, salvo en su aspecto de escuela profesional (escuelas de abogados, de médicos, de ingenieros, de profesores secundarios), debe subordinar su carácter de instituto de enseñanza al de instituto científico. La incomprensión del carácter que debe tener una universidad moderna es la causa del fracaso de todas nuestras reformas, y seguirá siéndolo mientras se cierran los ojos a las verdaderas necesidades.

En los muchos años que han transcurrido desde que vengo observando la agitación reformista, siempre he notado una verdadera inconsciencia respecto de los términos en que el problema universitario se plantea. Se ha ensayado toda clase de explicaciones para caracterizarlo y se han propuesto una gran variedad de medios para resolverlo, desde los que creían que lo harían los medios coercitivos para obligar a estudiar al estudiante malo, hasta la última reforma, que ha proclamado su libertad absoluta de aprender y el sometimiento a la influencia de los estudiantes, de la dirección que los profesores deben dar a sus enseñanzas.

Todas las reformas han fracasado y la última fracasará como las anteriores, porque no han atacado el mal en su causa. Unos han querido ver el mal universitario en la falta de preparación de los egresados; otros, en la deficiencia de los planes de estudio, y los terceros en la mala composición de los consejos directivos. De lo único que se han olvidado es de lo que constituye su fundamento esencial: la ausencia del profesor. La crisis de nuestra universidad es de profesores, pura y exclusivamente de profesores: de profesores que *hagan ciencia*, no de profesores que transmitan la ciencia que *hayan hecho otros*.

No tenemos investigadores. He ahí el sentido de la crisis universitaria argentina. Si la función normal de los profesores argentinos hubiese sido investigar como la de sus colegas europeos, el mal universitario argentino no existiría, a pesar de la buena o mala preparación de los egresados, de la bondad o de la deficiencia de los planes de estudio, o de la buena o mala composición de los consejos directivos; y la universidad se hubiese impuesto a la consideración de todos.

La falta de investigadores es lo que da sentido a la crisis universitaria argentina, y lo que explica su transcendencia social. Más de una vez el espíritu reformista ha comprendido la importancia de este hecho; pero la ignorancia de las causas que se oponen a la investigación en nuestro país no ha dado lugar a que se aportara el remedio debido.

En nuestra universidad casi no se investiga, y, cuando ello se realiza, hácese en forma deficiente. No todos los profesores tienen conciencia de su misión, y la mayor parte de los que la conocen no están en condiciones de realizarla. La ausencia del investigador se nota en todos los aspectos de la vida social argentina. Nos faltan invenciones técnicas; pero, más que éstas, nos faltan dirección moral y política. Nuestra crisis universitaria es una crisis de investigación y su importancia es social.

Hemos progresado mucho en todos los órdenes de la vida material y moral. En pocos años hemos pasado de un estado que parecía ser la negación de toda civilización a otro en que

presentamos las exterioridades de una civilización que muchos pequeños países europeos podrían envidiarnos.

Y todo lo que tenemos lo debemos a nuestras feraces campiñas. Ha bastado llamar al agricultor europeo, al menos culto, y entregarle nuestros campos, para que, al enriquecerse, enriqueciera al país. Nos hemos enriquecido sin esfuerzo.

El oro ha afluído a nuestras arcas. Y con el oro de nuestros ganados y de nuestros cereales hemos comprado todo lo que de la civilización europea se puede comprar: bienestar, lujo, la técnica de sus ingenieros y la ciencia de sus sabios. Y sus sastres, sus hoteleros y sus mujeres nos han vendido las exterioridades de sus costumbres.

De esa civilización hemos comprado todo lo comprable; pero no hemos podido adquirir por precio cuanto constituye su valor esencial, que es inalienable, esto es, la capacidad de hacerla. Nuestra civilización de importación recuerda la situación de los hijos de familia rica, de esa juventud dorada que siempre lo ha comprado todo, comida, sentimientos e ideas, y que no sabe qué hacer para comer, para divertirse, o para pensar, el día en que el mercader no acude a sus puertas. Esta afirmación, que en 1909 podía ser en mi boca una simple apreciación, se ha hecho una realidad el día que, puestos en guerra, los mercaderes no acudieron al mercado de nuestras necesidades. Nos faltó todo; y sufrimos las consecuencias de una situación que todos los países neutrales medianamente organizados supieron aprovechar para encumbrarse.

Comprar civilización no es ser civilizado, como no es artista quien compra cuadros. Civilizado es el que hace civilización, el que la crea original para sus necesidades: no el que la compra a fuerza de dinero. Y hay cosas que no se compran. Hemos podido comprar la técnica de los europeos, porque ésta es transportable. Pero hay cosas que no se transportan, como ser la dirección política y moral de una sociedad. Cada pueblo tiene sus necesidades propias, y lo que los europeos en materia social pueden haber pensado para ellos no es transportable a pueblos como el nuestro, de organización moral y política completamente diversas. Por eso vivimos completamente desorien-

tados. El espectáculo que presenta nuestro país, en este sentido, no puede ser más deplorable. Es que nos falta el cerebro social que debiera dirigirnos; no tenemos directores intelectuales.

En los países en que esa dirección está organizada, la universidad hace generalmente las veces de cerebro. Y porque la universidad argentina no realiza esa función, nuestro problema universitario es un problema de orden social. Si esto es así; si tal es el sentido de la crisis de nuestra universidad, es fácil comprender el absurdo de querer conjurarla con exámenes, planes de estudio u organización de consejos directivos.

Creer que se ha de resolver con exámenes y asistencias a clases, es suponer que la carencia de investigadores proviene de que la universidad no ha preparado sus egresados para la investigación. Creer que la causa de que los profesores no investiguen sea la consecuencia de los planes de estudio, porque no separan suficientemente la enseñanza profesional de la científica, es creer que la investigación se hace dictando clases. Y creer que la reorganización de los consejos directivos ha de poner fin a la crisis, equivale a afirmar que la actividad científica de los profesores depende del estímulo que pueda encontrar en las ordenanzas administrativas.

Todas esas explicaciones son a cual más absurda. Muchos de los grandes sabios del mundo no han sido universitarios; y no lo han sido en nuestro país los sabios más renombrados. La división de los cursos en nuestras facultades no ha determinado en ninguna el impulso de la investigación, y, conociendo la causa de su carencia, es inexplicable que se busque en ello un remedio. Y en cuanto a la acción de los consejos directivos, sólo serviría para obstaculizar la libertad de que deben gozar quienes se dediquen a trabajos de orden científico.

Nuestra crisis universitaria consiste en la carencia de hombres de ciencia en el profesorado. Y sólo la determinación de la causa de este hecho podrá ofrecer el remedio buscado. Ahora bien: la explicación no puede ser más sencilla. Nadie la ignora; pero se la desecha porque nuestro espíritu confuso y complicado requiere explicaciones difíciles para considerarlas im-

portantes. Y esa explicación tan sencilla es la de que en la organización de la vida moderna cada cual tiene que vivir de su ocupación, y de que hay ocupaciones que no dan para vivir. Entre ellas está la carrera de la investigación. Si esto es así, no hay por qué devanarse los sesos buscándole explicaciones al hecho de que no se investigue en nuestra universidad. Y si esa es la causa, el remedio también está dado: hágase posible que el investigador viva de su puesto, y no se dude de que investigará. Pero en nuestro país el investigador no sólo no puede vivir de su trabajo, sino que todo conspira en nuestro ambiente para alejarlo del estudio. La vida es cara de por sí; pero lo es mucho más si se tienen en cuenta las exterioridades que nuestro ambiente fastuoso exige a cuantos quieren llevar la vida de la gente medianamente distinguida. Y, aparte de esto, es tan grande el campo que se ofrece a la actividad económica, que se requiere un acto de energía para no dejarse arrastrar a él. Sin mayor esfuerzo ni necesidad de preparación, la riqueza está al alcance de casi todos los audaces. En estas condiciones, es fácilmente explicable que los intelectuales abandonen el árido campo de la ciencia, para seguir los caminos más fáciles que llevan, si no a la fortuna, por lo menos al bienestar, pues no hallan en la actividad científica ni siquiera la satisfacción moral de ver reconocido su trabajo, ya que basta para que se le desconozca su mérito la apreciación de cualquier necio que sienta fama de crítico y hasta de sabio, observando en otros las fallas de detalle, los *lapsus calami*, y hasta los errores de imprenta, aunque nunca haya producido nada, ni sea capaz de realizar obra propia.

Si esa es la causa de que no se estudie en nuestro país, podemos preguntarnos: ¿qué se ganaría con intensificar el rigor de los exámenes; qué se conseguiría con la preparación de investigadores en los cursos de seminario, si luego los idóneos no tienen puestos que ocupar en la sociedad? ¿Qué influencia puede tener sobre el estado actual de cosas la división que en algunas facultades se ha hecho de los cursos, en científicos y profesionales, si los egresados de los cursos científicos no tienen función que realizar en la sociedad? Y, por lo que se re-

fiere a los titulares de esas cátedras, ¿qué se puede esperar de ellos con relación a la investigación, si para vivir necesitan atender un estudio de abogado, un consultorio de médico, una oficina de ingeniero, o tener tres cátedras universitarias o completar sus cátedras universitarias con puestos en la enseñanza secundaria? Por lo que se refiere a la última reforma, ¿cómo podremos creer que contenga la solución de la crisis, si ésta es de orden financiero, si se necesitan fondos, cuya provisión está fuera del alcance de la intervención estudiantil!

El problema universitario argentino queda, pues, en pie, a pesar de la última reforma, que no ha hecho más que introducir un nuevo eslabón en la cadena directiva, — elemento joven impulsivo y, en consecuencia, progresista, — cuyo espíritu de justicia y cuya libertad de opinión frente a los hombres permitirá rectificar muchas injusticias de la menudencia cotidiana de la vida universitaria; que significará una reacción contra el quietismo exagerado de los antiguos consejos directivos, creando tal vez el problema de dar estabilidad a la dirección de la enseñanza; pero que en ningún caso se puede considerar como la solución del problema universitario.

La última reforma no ha resuelto la crisis. Nuestro problema universitario es el de la creación del profesorado profesional, del profesor que pueda vivir de su puesto, de un puesto incompatible con el ejercicio de cualquier otro género de actividad.

Con o sin preparación universitaria anterior; con o sin creación de cursos especializados, y sea cual fuere la organización de los consejos directivos, si se crea el profesorado profesional, dándole la libertad que la investigación científica requiere, organizando la provisión de los puestos de manera que sólo sean profesores los que tengan *ya obra hecha*, y excluyendo a los que no presentan más que esperanzas, el problema universitario argentino habrá quedado resuelto. Las reformas que pudieren hacerse en otro sentido son completamente inútiles.

LEOPOLDO MAUPAS

Buenos Aires, 24 de Noviembre de 1920.